

La lengua francesa y la Revolución

René Charó Ch.

Departamento de Lingüística
Universidad de Chile

1. EL FRANCÉS ANTES DE LA REVOLUCIÓN

1.1. *La Europa francesa*

“La Europa del siglo XVIII hablaba francés”: esta perentoria —y halagüeña— afirmación se asienta en el hecho de que el francés¹ fuera, no tanto “lengua de corte”, sino que lengua conocida y practicada —pero, más que hablada, leída— por parte de la burguesía y de la aristocracia de las principales cortes europeas, en particular, las de Austria, Hungría, Piamonte, Prusia, Rusia y Suecia. Marcel Cohen (*Histoire d'une langue, le français*) dice simplemente que el Francés “fue, en cierto modo, lengua de corte y academia en diversos países”. Prueba de ello: la Academia de Berlín organizó, en 1784, un concurso internacional sobre el tema “L'universalité de la langue française”, concurso cuyo resultado confirmó —naturalmente— la tesis propuesta, ya que no hubo un ganador sino dos: además del conde Antoine de Rivarol, francés, fue coronado un académico prusiano, el profesor Schwab.

1.2. *El francés del siglo XVIII*

Ese brillo de la lengua francesa y su difusión en la Europa culta del siglo XVIII se explican, en parte, por la calidad y unidad del francés literario de la época. El mérito, por cierto, no lo tiene la lengua, sino que el acontecer y los hablantes. En primer lugar, los escritores que, magistralmente, se desempe-

¹El francés, “la lengua de París”, es originalmente la de *Ile-de-France*. La “Isla de Francia”, antigua región histórica, situada al centro de la cuenca parisienne, está bañada por los ríos Sena, Oise, Aisne y Marne (de ahí su nombre de “isla”). “Cuna de la dinastía de los Capetos (año 987), su dialecto (el francés) se impuso a los demás dialectos romances y llegó a ser la lengua del reino de Francia” (*Robert*, 2).

ñan en géneros muy diversos; particularmente: Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Diderot, Beaumarchais y Marivaux.

Si comparamos la literatura de este siglo con la del anterior, observamos que, manteniéndose el interés por el análisis psicológico, surge una irresistible curiosidad y, más, una profunda preocupación por la reflexión política, social y filosófica. Esta literatura de ideas encontrará un estilo adecuado: ágil, directo, desprovisto de adornos, atractivo para los más cultos y al alcance de los demás. Así, el francés literario del siglo XVIII, portador de un mensaje —en una palabra, proselitista—, fue tan inteligible que sigue siendo, hoy en día, el francés que los francohablantes del mundo mejor comprenden.

Una buena muestra de aquella lengua se encuentra en la “Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano”, de cuyo texto de 1.000 palabras, sólo 3 (del léxico de los impuestos) escapan a la comprensión de un niño francohablante de 12 años.

Se ha dicho que, en aquel entonces, la lengua francesa se prestó admirablemente para la difusión ideológica; sería más propio invertir esta relación causa-efecto afirmando que, por existir un claro propósito de difusión ideológica, los propagadores buscaron, en los recursos de la *lengua*, los elementos adecuados y, con ellos, forjaron un nuevo *lenguaje* perfectamente ajustado a su objetivo. Este planteamiento se encuentra esbozado en el “Discurso Preliminar” de la 5ª edición del *Diccionario de la Academia Francesa* (1798); donde se dice que “la verdadera lengua de un pueblo culto sólo existe en boca, y en los escritos, de esos pocos que piensan y hablan con precisión y que aplican los mismos términos a las mismas ideas”².

Al comentar esas mismas palabras, Charles Bruneau (en su *Petite Histoire de la Langue française*) dice: “C’était une langue aristocratique”, lo que quiere significar: “era la lengua de la minoría culta”.

1.3. *Lenguas y dialectos en la Francia del siglo XVIII*

Si afirmar que “La Europa de las Luces hablaba francés” constituye una evidente exageración, sería aun más abusivo asegurar que toda Francia lo hacía...

En efecto —pese a que, desde la ordenanza de Villers-Cotterets (1539), el latín había sido reemplazado, para notificaciones y sentencias judiciales, por el francés—, esta lengua, en 1789, sólo era hablada por el 50% de la población³: en su mayoría, habitantes de las ciudades y parte del campesina-

²Tan ilustrativa definición pertenece a un vasco de Ustaritz, Joseph Garat, revolucionario diputado del Estado Llano en 1789, ministro de Justicia en 92, y del Interior en 93, finalmente senador y conde durante el Imperio.

³Según el informe Grégoire a la Convención (30.07.1793): de una población de veintiséis

do del norte del Loira, funcionarios del reino e integrantes de las clases altas. Por otra parte, quienes vivían en campos o aldeas, y en ciudades sobre todo meridionales, hablaban algún dialecto romance, de las variedades de *Oïl* o de *Oc*, o bien un dialecto germánico (el alsaciano, en el Noreste), o uno neerlandés (el flamenco, en el Norte), o uno celta (el bajo bretón, en el Oeste), o esa misteriosa lengua, el “euskara” (vascuence), en el Suroeste. El panorama se matizaba, además, con los casos de bilingüismo y, en las zonas fronterizas, de trilingüismo.

Esos particularismos —junto con otros— estrechaban los vínculos regionales con menoscabo de los nacionales, y los de interclases en desmedro de los de clase: así, el campesino bretón estuvo más cerca afectiva y espiritualmente del cura de su parroquia y del hidalguelo pueblerino, cuyas magras tierras trabajaba, que del labrador de la campiña parisina, con quien, por lo demás, no podía cruzar una palabra. Asimismo, el fervor revolucionario fue más bien templado en las provincias de mayor religiosidad, las no-romances: Alsacia, Flandes, Bretaña y Vascongadas; lo que, a nuestro entender, obedece más a razones lingüísticas que a motivaciones ideológicas.

2. EL FRANCÉS Y LA REVOLUCIÓN

2.1. *Necesidad política de un idioma común*

Los hombres de la Revolución tuvieron una clara conciencia de esa situación idiomática, obstáculo aparentemente infranqueable para el logro de su objetivo: el cambio político y social *total*, que incluía lo filosófico y lo religioso.

Para imponer las nuevas ideas, “vencer” no bastaba, había que “convencer” y, como no hay dialéctica sin lenguaje, ni lenguaje sin lengua, la Revolución tuvo que empezar por implantar una lengua, común a todos los ciudadanos: esta lengua, nueva para unos cuantos, fue, simplemente, el francés.

Al respecto, citaremos al independentista bretón contemporáneo, Erwan Vallerie, quien aprendió la lección y afirma: “La revolución bretona se hará cargo de la lengua bretona del mañana. Toda revolución crea su propio lenguaje y, de no ser así, no puede lograr su cabal realización”⁴ (*in* L.J. Calvet, *Linguistique et colonialisme*, p. 150).

millones, seis millones no hablaban francés, seis apenas, y catorce sí (once de los cuales concentrados en quince de los ochenta y tres departamentos).

⁴Reconocemos la validez de la afirmación “Toda revolución crea su propio lenguaje..., etc.” en el sentido de que los ideólogos utilizan la lengua preexistente (léxico, morfosintaxis, etc.), con o sin modificaciones, para lograr, con fines específicos, nuevas realizaciones lingüísticas (*discurso*).

Esta misma idea, *mutatis mutandis*, explica el empeño de los gobernantes de la Francia de entonces:

1. por imponer una *lengua*, la lengua de París, a toda la Nación; y
2. por usar esta herramienta a fin de borrar el pasado y delinear el futuro: así fue creado el *lenguaje* de la Revolución, algunos de cuyos aspectos serán presentados más adelante.

2.2. *Imposición de la lengua de París*

El decreto del 14 de enero de 1790 instituye la traducción a la lengua local de los textos oficiales, reconociendo explícitamente que el francés no era comprendido por todos los ciudadanos; no obstante, el decreto del 2 de octubre del mismo año impone la lectura, sólo en francés, de dichos textos, al final de la misa dominical, lo que evidencia la voluntad de imponer la lengua de París.

Además, si bien la Convención temía que fuesen focos subversivos las 4 provincias no romances ya señaladas, tal temor carecía de fundamento, pues sólo Bretaña se rebelará contra la Revolución. Así y todo, después del informe Grégoire⁵ de julio de 1793, se prohibió en Alsacia el uso del “alemán” (entiéndase dialectos alsacianos), “medida impopular, e inaplicable, dice Louis-Jean Calvet, ya que, para la gran mayoría de los alsacianos, significó la prohibición de hablar”⁶ (*ibid.*, p. 167).

Con el impulso de Grégoire se suceden leyes y decretos: el 21 de octubre de 1793, se promulga la ley que crea las escuelas primarias estatales en que los niños aprenderán francés; el 26 del mismo mes, un nuevo decreto hace obligatorio el uso exclusivo del francés en todas las materias; el 27 de enero del año siguiente, otro decreto ordena el nombramiento de *un* profesor primario en cada comuna donde no se hable francés, alternándose en las aulas los varones y las niñas. Luego, hubo ensayos de enseñanza bilingüe. Medida inútil: la Convención tenía que fracasar en esta empresa por carecer de profesores francohablantes y alfabetizados, de dinero y, sobre todo, de tiempo.

⁵Grégoire (Monseñor Henri, 1750-1831). “Hombre de Iglesia y político”, en 1789 diputado de los Estados Generales por el Clero y, luego, por el Estado Llano; miembro de la Asamblea Constituyente (VIII, 1789), y el primero en prestar juramento de fidelidad a la Constitución civil del clero (1790); obispo constitucional de Blois (1791), miembro de la Convención (1792), del Consejo de los Quinientos (1795), del Cuerpo Legislativo (1800), senador (1802).

⁶De este caso, y otros, concluye ese mismo autor que la rebelión no va necesariamente con la heteroglosia; pensamos, empero, que la heteroglosia va —y muy bien— con las aspiraciones autonomistas o independentistas: prueba de ello, el verdadero culto que los separatistas catalanes, vascos y, precisamente, bretones, profesan por el estudio, la práctica y la difusión de la lengua de sus antepasados.

Por otra parte, sin embargo, las migraciones desde provincias de habla francesa a otras que no lo eran y viceversa, el desarrollo y centralización de la administración, así como el enrolamiento de los jóvenes en un ejército que habrá de sostener tantas campañas durante tantos años —los de la Revolución y los del Imperio—, contribuirán en buena medida a la difusión de la lengua nacional.

Así y todo, la realización del gran proyecto de la Convención habrá de esperar 1870 y la Tercera República; ésta requerirá sesenta años para cumplir totalmente con aquel anhelo revolucionario de que todos los ciudadanos fuesen alfabetizados en francés.

En un plano análogo, la substitución del latín por el francés en la administración de los sacramentos fue acordada, en 1797, por el primer Concilio de la progresista Iglesia Galicana⁷, pero esa revolucionaria disposición habrá de esperar —ironías de la Historia— el Concilio Vaticano II (1962 a 1965) para ser aplicada.

3. EL FRANCÉS, LENGUA DE LA REVOLUCIÓN

3.1. *La herencia de la Ilustración*

El “Preciosismo” (culteranismo francés del siglo xvii), que pretendió codificar la vida cultural y social de la Villa y Corte —villa de París y corte de Versalles—, dejó huellas en el lenguaje de las clases altas e, incluso, en el de los grandes trágicos Corneille y Racine. En cambio, los escritores del siglo xviii —particularmente, los Enciclopedistas, que movieron ideas y no sentimientos— esgrimieron, en un estilo más sobrio, un léxico más depurado; es decir, usaron armas mejor aguzadas, no tanto para el fino análisis psicológico como para la polémica. Tal es así que el lenguaje de la Revolución se inspirará en los grandes ideólogos: Montesquieu, Voltaire, Rousseau, d’Alembert, Diderot.

Curiosamente, ningún escritor de cierta cuantía conoció la Revolución, con excepción de Beaumarchais, el cáustico comediógrafo, y Laclos, el penetrante autor de *Les Liaisons dangereuses*, que ya lo habían dicho todo. Otros dos escritores, de menor envergadura, se destacaron en aquellos años por su desigual destino: Bernardin de Saint-Pierre y André Chénier.

3.2. *La prensa revolucionaria*

Con éxito dispar, también periódicos y diarios, parisienses o provincianos, menudearon a lo largo de aquellos años: sólo entre 1789 y 1792 hubo

⁷Galicanismo: tendencia histórica de la Iglesia de Francia que la llevó, en algunos breves períodos, a actuar con cierta autonomía frente a la autoridad de la Santa Sede. Sus últimas manifestaciones datan de mediados del siglo pasado.

Isidore de, 1758-1794), metódico, frío, convincente porque convencido; Vergniaud (Pierre Victurnien, 1753-1793) y Danton (Georges Jacques, 1759-1794), ambos comparativamente moderados; Vergniaud, hombre del oficio, domina la retórica; Danton, hombre de impulsos irresistibles, domina al auditorio.

4. LAS HUELLAS DE LA REVOLUCIÓN EN LA LENGUA FRANCESA

Generalidades

Los siguientes motivos contribuyen a que la lengua de la Revolución no se distancie de la de su siglo:

- El período propiamente revolucionario fue relativamente breve: se inició con la reunión de los Estados Generales en Versalles (5.05.1789) y tuvo por término, a lo más, el 18 de Brumario del año VIII (9.11.1799), víspera de la asunción al poder del ciudadano Bonaparte, en calidad de Primer Cónsul: 10 años son breve lapso en términos lingüísticos, pues, como natura, “lingua non facit saltus”; y
- Los hombres que hicieron y dirigieron la Revolución pertenecían, en su mayoría, a las clases instruidas: burguesía y, también, nobleza. Sus ideas y su lenguaje eran revolucionarios, pero conservadora su lengua; y, como ya se dijo, se interesaron más en difundirla que en reformarla.

Por otra parte, la fonología, la morfosintaxis y el léxico evolucionan a ritmos muy distintos: por ejemplo, el vocabulario francés se enriqueció, sólo en el curso de este siglo xx, con unos 1.660 anglicismos; en cambio, el pretérito imperfecto del subjuntivo, que está retrocediendo desde hace unos trescientos años, sigue manifestándose esporádicamente; otro caso de supervivencia sintáctica es la del pronombre relativo *qui* del latín que, tal como lo llevó César a las Galias, sigue siendo *qui* en francés, con la función de sujeto, singular y plural. Ahora, en lo fonológico, desde tiempos inmemoriales, las sonoras vocales nasales del sur del Loira siguen idénticas a sí mismas, pese a las risillas parisienses.

4.1. *La morfosintaxis*

Lo único que se puede decir de la sintaxis del francés de la época revolucionaria es que hay poco o nada que decir; más vale, por tanto, ceder la palabra a un testigo elocuente, Francis-Urbain Domergue (1765-1810), y a un penetrante historiador de la lengua y sociólogo, Marcel Cohen (1884-1974).

Domergue⁹ proclamó:

⁹Domergue, hermano de la Congregación de la Doctrina Cristiana y gramático, fue cerebro y portavoz de la “Société des Amateurs de la Langue Française”, fundador de un *Journal*

“No se levantará el edificio de una lengua perfectamente conforme a la razón sobre los miembros desgarrados de Racine, de Fénelon, de Voltaire, de l’abbé Barthélémy (arqueólogo y filólogo, 1716-1795), y otros. Nuestros legisladores han soplado sobre nuestros parlamentos, los parlamentos han desaparecido y, finalmente, la justicia es lo que debe ser; han soplado sobre el clero, ha desaparecido el clero, por lo que la religión y el evangelio no caen en contradicción. Pero sí, con sople devastador, los legisladores de la lengua echan abajo su sistema para edificar uno nuevo: veo desaparecer, para siempre, las obras maestras del buen gusto, de la inteligencia, de la misma razón”.

Debe agregarse que su proclama fue oída: no hubo sople devastador que echara abajo la sintaxis del francés, y las obras clásicas siguen siendo tan o más ininteligibles que las contemporáneas.

Por otra parte, Marcel Cohen, para quien el “período revolucionario” va de 1789 hasta la caída de Napoleón (1815) —y tiene sus razones—, dice en su *Historia del francés*:

“El período revolucionario bien muestra que la agitación de los acontecimientos no acelera la evolución de las formas gramaticales; las transformaciones en el curso de estos veinticinco años no fueron más rápidas que durante cualquier otro lapso de la historia. No varió la estructura del francés, ni escrito, ni oral”.

Tal es así que, a pesar de los empeños oficiales, ni siquiera pudo reimplantarse, entre “ciudadanos”, el igualitario tuteo de los antiguos romanos.

4.2. La pronunciación

En términos generales, la evolución en el área fonofonológica —al igual que en la morfosintáctica— es lentísima, aunque más sensible a los cambios, con variantes típicas tanto espaciales como temporales.

Las páginas, que dedican a este rubro las publicaciones especializadas, son dificultosamente ocupadas por una que otra anécdota —siempre las mismas— que cuentan cómo, entre 1789 y 1800, se pasó de /we/ a /wa/ en la pronunciación del diptongo *oi*. Uno de estos cuentos se refiere a esa buena mujer llamada Germaine Quetier, que pasó serios apuros por un inocente error de pronunciación, ya que pidió en una tienda un “roi” (rey) en vez de un “rouet” (máquina para hilar). La última anécdota conocida es la siguiente: ya en 1814, Luis XVIII, después de veinte años de exilio, se hace cargo del trono y, en su primera audiencia pública, a fin de asentar su autoridad,

de la *Langue Française* (1784-1787) y de una Academia Gramatical (1807); también fue autor de una *Grammaire française simplifiée* y de un interesante opúsculo: el *Manuel des Etrangers, amateurs de langue française*, interesante por estar escrito en ortografía fonética, lo que hizo de él un precursor en estas artes.

declara firmemente que *él* es el *rey*, articulando a la antigua usanza: “C’est *moué* qui suis le *roué*”, lo que suscitó inesperadas carcajadas, ya que mal venía ese epíteto de “*roué*” (= calavera) a aquel sensato sesentón, regordete, tranquilo y sagaz.

4.3. *El léxico*

El léxico de la Revolución presenta, en cambio, una variada y compleja madeja de innovaciones. Algunas de éstas, después de clasificadas, serán descritas, y se señalará su destino.

Sin embargo, antes de abordar las fluctuaciones del léxico, es necesario describir la suerte de ese Tribunal Supremo del Verbo: es decir, de la entonces más que sesquicentenaria Academia Francesa, autoridad indiscutible (aunque siempre discutida), exigente y hasta tiránica, pero tan sólo en palabras. La “noble Compagnie”, desde su creación en 1635, hacía periódicamente su cosecha, para *el Diccionario*, entre los autores consagrados y los personajes mejor parlantes y más sesuda y literalmente granados de la Villa y Corte. Pues bien, corría el año 98 y, desde el 92, los manuscritos de la 5ª edición del nuevo diccionario esperaban su turno en los anaqueles de alguna de las muchas imprentas capitalinas; dos enciclopedistas de gran valía habían llevado a cabo la gigantesca tarea: el ya fallecido d’Alembert, filósofo y matemático, y Marmontel, dramaturgo y novelista.

La particularidad de esta 5ª edición, publicada ¡al fin! en 1798, está en que lleva un *Supplément* en el cual figuran 481 voces nuevas, brotadas durante la Revolución. A pesar de su interés, ese léxico no será presentado sistemáticamente, por cubrir un sector restringido de los neologismos y restar importancia a los nuevos significados de voces ya existentes.

El corpus de los neologismos de la Revolución

Transcurridos dos siglos desde la toma de la Bastilla, se ha llegado, particularmente gracias a los minuciosos recuentos efectuados en estos últimos cincuenta años, a cifras seguras. Jacques Cellard, en *Les mots que nous devons à la Révolution*, estima en dos mil los términos y significados nuevos surgidos en aquellos años, sobreviviendo quinientos, cien de los cuales estarían presentes en el vocabulario general contemporáneo y, los cuatrocientos restantes, en el léxico específico del período revolucionario.

Total	En desuso	Vigentes	Léxico específico —vigentes—	Léxico general —vigentes—
2.000	1.500	500	400	100

Ese remanente de cien palabras, muy actuales, parece exiguo, pero no es así; pues, al menos en Francia, no existe decenio que haya creado cien palabras básicas e indispensables, que tengan plena vigencia dos siglos después; ni cuatrocientas, conocidas por las personas cultas, indispensables para revivir un momento histórico tan breve como significativo. Hemos distribuido estos neologismos¹⁰ en los siguientes grupos:

1. *Los “neologismos técnico-científicos”*, vocablos resultantes del progreso, evolución o simple cambio, producidos por la dinámica natural, espontánea, de la cultura estudiada, y ajenos a las ideologías dominantes, v.g., la substitución de la denominación *les cristaux de Vénus* por *nitrate de cuivre* en la nueva nomenclatura química, se produjo por una necesidad de clarificación científica;
2. *Los “neologismos institucionales”* que, aun cuando son requeridos para designar realidades o conceptos nuevos de orden más diverso, conllevan un propósito político (en el sentido más amplio del término). Por ejemplo, los “départements” que reemplazaron, recortándolas, a las tradicionales “provinces”, estructuras tradicionales, embarazosas para el centralismo capitalino; por otra parte ¡en buena hora!, las “contributions” substituyeron a los impopulares “impôts”. En cuanto al “calendrier républicain”, simplemente borró el pasado, e inauguró una nueva era, republicana, con el Año I. Naturalmente, todos estos cambios, tanto léxicos como institucionales, obedecieron a la filosofía política del Estado y a la dinámica propia de una revolución de impredecible desarrollo; y, finalmente,
3. *Los “neologismos informales”* que —además de espontáneos— suelen ser polémicos; en principio, no eran oficiales, pero estuvieron dispuestos para serlo; fueron difundidos más que todo por la prensa, los clubes y la calle: v.g., los “ci-devant” (= los *ex*), denominación aplicada a los tenedores de títulos de nobleza; “vampirisme” o “cannibalisme”, términos aplicados por los termidorianos a los “buveurs de sang” jacobinos.

A continuación se procederá a una descripción detallada de cada una de estas tres categorías.

4.3.1. *Neologismos técnico-científicos*

En este rubro tenemos, como ya dijimos, una buena cantidad de términos científicos, particularmente en las áreas química, física y matemática, lo que no sólo muestra la vitalidad del desarrollo científico en esa época, sino que

¹⁰Entre los neologismos no figuran viejos términos (v.g. “démocratie”) cuyo significado fue “revitalizado”, ni nuevas y significativas expresiones creadas con vocablos ya existentes (v.g. “souveraineté populaire”, “droits de l’homme et du citoyen”, etc.).

también prueba que las fuerzas vivas de la nación proseguían sus tareas. He aquí otros ejemplos de la nueva nomenclatura química que, si bien dicen lo que *son* las cosas, ya no tienen la expresividad de las antiguas denominaciones; v.g., “le sucre de Saturne” pasó a ser el *acétate de plomb*; “les fleurs de Jupiter”, el *oxyde d'étain*; “le safran de Mars apéritif”, el *oxyde ferrique*; “la pierre infernale”, el *nitrate d'argent*; “l'huile de tartre par défaut”, el *hydroxyde de potassium*; etc.

Un buen número de palabras técnicas también vieron la luz en aquel período y perduran en nuestros días; en 1792, cierto Sr. Théodore Bertin, probablemente secretario, encontró la forma de ganar tiempo al escribir, suprimiendo simplemente vocales y hasta consonantes: había inventado la *sténographie* o arte de escribir *estrecho* (stenos).

Otro término de indiscutible origen técnico es la “guillotina”, cuyo inventor no es Joseph-Ignace Guillotin¹¹, aunque este médico merece ser recordado por haber propuesto a la Asamblea Constituyente la confección de “une mécanique dont le jeu trancherait la tête aux criminels en un clin d'oeil”. Cabe recordar que la implantación de la guillotina respondió a un propósito *igualitario*: en la antigua monarquía, la decapitación era privilegio de los nobles. También obedeció a fines *humanitarios*: el proceso es instantáneo, el sistema infalible, e indoloro el trance.

* * *

Si bien los términos científicos se aseguraron larga vida, un buen número de los meramente técnicos pronto desaparecieron debido a los rápidos progresos del siglo XIX en ese campo: así se perdió un “tachygraphe”, que no fue una rauda máquina de escribir ni un escriba ultra-diligente, sino un aparato de telégrafo óptico que, mediante brazos articulados, transmitía mensajes de un cerro a otro. Se fabricó, también, un efímero “célérifère” o “vélocifère”, especie de patín de dos ruedas, sin duda rudimentario ancestro de nuestro moderno *skate-board*. No tuvo ese medio de locomoción la suerte del “vélocipède” que designó al humano de pies veloces y, luego, a aquel vehículo aún sin pedales, que fue precursor del triciclo y de la bicicleta.

Por otra parte, para dejar lugar a las máquinas “más pesadas que el aire”, el *aérostas* abandonó prematuramente el campo de la aeronavegación, feneciendo sus derivados: *aérostas*, *aérostatique*, *aéronaute*, *aérostation* y *aérostier* (observador).

¹¹El Dr. Guillotin tiene el mérito de haber concebido y propulsado la idea de aquella “mécanique”, pero su realizador fue Antoine Louis, también médico, además cirujano, y Secretario Perpetuo de la Academia de las Ciencias; Louis fue asistido por un fabricante de clavecines, llamado Tobías Schmidt.

En cambio, hubo dos creaciones en el campo jurídico, ambas de 1791 y con pronóstico de larga vida: el “brevet d’invention” y las “patentes nationales” con que, respectiva y hábilmente, el Estado garantiza los derechos del inventor (“brevet”) y, en compensación, se asegura la recaudación de los correspondientes tributos (“patentes”).

4.3.2. *Neologismos institucionales*

El derrocamiento de la monarquía, la implantación de la República y sus “avatars” (neologismo de 1800) —incluyendo el golpe de Estado del joven general Napoleón Bonaparte—, fueron sancionados por votaciones en los correspondientes cuerpos colegiados, oportunamente fundados y disueltos; sus nombres pertenecen a la Historia; así, tenemos cronológicamente desde el 09.07.89 hasta el 09.11.99: la “Assemblée Nationale Constituante”, la “Assemblée Législative”, la “Convention Nationale” con sus fases “girondine”, “montagnarde” y “thermidorienne”, el “Conseil des Cinq-Cents”, el “Conseil des Anciens” y el “Directoire”.

La única denominación actualmente vigente entre todas las señaladas es, desde 1946, “l’Assemblée Nationale”, ex “Chambre des Députés”.

Las comisiones o comités más importantes fueron: el “Comité de Salut Public” (“salut” = salvación) que, en 1793, constituyó el poder ejecutivo. El “Comité de Sûreté Générale”, y los “Comités de surveillance” o “Comités révolutionnaires”, todos ellos muy poderosos, asumieron, en lo principal, tareas policíacas.

Todas estas denominaciones —no así sus componentes— constituyen neologismos de la época revolucionaria. En cuanto a “Girondins”, este término designa a un partido formado en 1791 en torno a unos diputados centristas del departamento de la Gironde. El término “Montagnards” fue aplicado a los diputados izquierdistas que ocupaban las bancas altas, mientras que los “Girondins” por su ubicación opuesta, constituían “La Plaine” (la Llanura), o “Le Marais” (la Vega; tierra baja, muy húmeda).

* * *

La Convención tiene el mérito de haber fundado, en 1795, el “Institut National des Sciences et des Arts”, que servirá de base al Institut de France; éste reunirá posteriormente las academias: Académie Française, Inscriptions et Belles-Lettres, Sciences y Beaux-Arts, que se remontan al siglo xvii.

Igualmente —y no sólo por la formación de neologismos—, cobra especial relevancia la disposición de uniformar el régimen de pesos, medidas y monedas, generalizándose el sistema decimal y desapareciendo las antiguas unidades: así, el “kilomètre” reemplazó al *mille* (milla), el “mètre” a la “toise” (toesa), el “centimètre” al “pouce” (pulgada), el “kilogramme” a la “livre”, etc.

En las monedas, el “louis”, evidentemente, fue cambiado, como unidad monetaria, por el “franc” de 100 “centimes”; sin embargo, establecido el Imperio, volverá el “louis” en 1803 como moneda de oro de veinte francos, pero será reemplazada en 1811 por el “napoleón”, turnándose ambas denominaciones a lo largo del siglo, al ritmo de los regímenes: dos imperios, dos monarquías, dos repúblicas. En los inicios de la Tercera República (1870-1940), hubo un uso equitativo en la denominación de la moneda de oro de veinte francos: en las salas de juego se apostaba con “luises”, en cambio, el inversionista compraba “napoleones” a los que, afectuosa e informalmente, llamó “jaunets” (= “amarillitos”). Este término, aún vigente, había sido creado en 1660, el primer año de gloria del Rey Sol. En cuanto al “assignat”, aquel blando papel moneda, creado ya en 1789, fue llamado así por estar, teóricamente, “assigné”, es decir, garantizado por los “biens nationaux”; esta última expresión se refiere, según *Robert*, a “los bienes de los emigrados o de la Iglesia, que fueron confiscados durante la Revolución y vendidos para provecho del Estado” (y —agregaríamos— de sus compradores...). “Biens nationaux” y “assignats” —estos últimos después de una inflación de 33 333% en 7 años— corrieron la misma suerte: congelación en la memoria colectiva.

* * *

En lo político, típica creación revolucionaria fueron los “clubs”, antesalas y cámaras secretas de las sucesivas Asambleas; la palabra misma, que había llegado de Inglaterra bastante antes del 89, cobró especial significado e importancia a partir de ese año¹².

(Véase, en la página siguiente, un listado de creaciones de la Revolución, de carácter tanto político como administrativo, que —con alguna variante— han conservado toda su actualidad en el francés contemporáneo).

* *

En lo filosófico, surgieron dos entidades léxicas del más alto nivel: la “Déesse Raison” y el “Etre Suprême”; sus raíces son antiguas en el Hexágono, ya que, después de sobrevivir a las hogueras medievales, afloraron impetuosamente

¹²El *Suplemento* del *Dictionnaire de l'Académie Française* trae una valiosa información respecto a los clubes: los define como: “agrupaciones populares que reúnen a varias personas para conversar de los asuntos políticos”. Los clubes más célebres fueron, en orden decreciente de impetuosidad revolucionaria: el de los Jacobinos (otrora, hospicio de peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela, a cargo de Dominicos), el de los Cordeleros (ex convento de Franciscanos) y el de los Feuillants (antiguo monasterio fuldense o benardino).

SUSTANTIVOS		ADJETIVOS	
École primaire	Instituteur ²	Agressif	
École Normale	Avoué ³	Alarmiste	
École Polytechnique	Procureur ⁴	Dictatorial	
Académie des Sciences	Civisme	Draconien	
Morales et Politiques	Citoyen	Immoral	
Gendarmerie ¹		Complémentaire	
Gendarme	Bureaucratie	Tricolore	
Département	Bureaucrate		
Commune	Terrorisme	VERBOS	
	Terroriste		
Diplomatie	Idéologie	Activer	¹ policía uniformada
Diplomate	Idéologue	Confectionner	² profesor primario
Chargé d'affaires	Anarchiste	Nationaliser	³ procurador
Parlementaire	Urgence	Préciser	⁴ fiscal
Diète	Enfant naturel ⁵	Terrifier	⁵ reemplazó a "bâtard"

durante el Renacimiento, aquietándose en el siglo de Luis XIV, para cobrar fuerza y vigor en el de las Luces; constituyen, respectivamente, las formas históricas y antagónicas, del ateísmo y del deísmo revolucionario; sin embargo, el Ser Supremo, Robespierre mediante, desbancó a la diosa Razón.

El calendario revolucionario

La creación léxica más sorprendente e ilustrativa de la Revolución es, sin duda alguna, su célebre calendario, cuya vida fue breve y accidentada; para comenzar, empezó dos veces: si uno se atiene al diario *Le Moniteur*, el primer año "de la era de la Igualdad" se inicia el 14 de julio de 1789 y, nuevamente, el primer año "de la República" empieza el 1 de enero de 1792 (en *Les 50 mots-clefs*, Michel Péronnet, p. 60). Llegará a su término el "10 nivôse, An xiv", o sea, el 1º de enero de 1806.

En síntesis, las novedades son las siguientes:

- Se pierde, con sus siete días provenientes del *Génesis*, la semana (*septimana*) en la que cohabitaban, con el sábado judío y el domingo cristiano, los cinco días del panteón de la antigua Roma, consagrados a las deidades Luna, Marte, Mercurio, Júpiter y Venus;
- Entra en vigencia la monótona "década", con sus diez días: Primidi, Duodi, Tridi, Quartidi, Quintidi, Sextidi, Septidi, Octidi, Nonidi y Déca-di, día del reposo y, para algunos, del culto a la diosa Razón o al Ser Supremo. Con la década los trabajadores perdieron y ganó el trabajo; por su parte, los escolares tuvieron que reemplazar, para su solaz y esparcimiento, la tarde del jueves por todo el Quintidi.

Los nuevos nombres de los meses, afortunadamente, fueron encargados a un revolucionario moderado, diputado de la Convención, escritor por vocación y exquisito cantautor, François Fabre d'Eglantine; de ahí los poéticos nombres de Otoño: *Vendémiaire*, *Brumaire*, *Frimaire*: meses de vendimias, brumas y fríos; Invierno: *Nivôse*, *Pluviôse*, *Ventôse*: de nieves, lluvias y vientos; Primavera: *Germinal*, *Floréal*, *Prairial*: de germinaciones, flores y praderas; y Verano: *Messidor*, *Thermidor*, *Fructidor*: de mieses, calores y frutos.

Falleció Fabre d'Eglantine, en la guillotina, el jueves 17 de abril de 1794, o sea, el sextidi, de la primera década de su mes, el de las flores¹³, en el año II, de su propio calendario.

Este calendario republicano que, en nuestros días, puede prestarse para sonrisas, se justifica plenamente dentro de su contexto: Michel Péronnet nos dice:

“Les hommes de la Révolution ont parfaitement conscience de vivre une période de rupture, marquée par un passé: l'ancien régime. Ils entendent souligner ces ruptures dans leur manière de compter le temps”.
(*Les 50 mots-clefs de la Révolution française*, p. 59).

Sin embargo, mirando desde otro ángulo, en la misma concepción de este nuevo calendario aparece el propósito no sólo de proyectar la joven República hacia una nueva era, sino también de hacer imposible un retorno al ayer —aunque sólo fuese por la imaginación—, ya que, borrados de las memorias los signos cronológicos, toda referencia al pasado se sumiría en un magma confuso, por faltar la dimensión esencial: el Tiempo.

En este nuevo léxico, en verdad, ¿no podría verse una anticipación de la “neo-habla” (*newspeak*; en francés: *novlangue*) de Orwell? Inquietante confrontación entre la Realidad y la Ficción.

4.3.3. Neologismos espontáneos

Estas novedades corresponden a creaciones asistemáticas, elaboradas, por lo general, a partir de palabras ya existentes: suelen caracterizarse por ser humorísticas, satíricas, polémicas, lo que no siempre constituye presagio de larga vida. V.g. “chauffeur”, fogonero (literalmente “calentador”), se aplicó a unos bandoleros que “calentaban” con brasa los pies de sus víctimas a fin de inducirlos a revelar la ubicación de sus tesoros; en cuanto a “observateur”, sirvió de eufemismo para designar a los policías.

Ahora, en el área política, ya se utilizan, en 1791, los términos de “gauche” y “droite” (y éstos, longevos) que, al igual que “Montagne” y “Marais”, definieron posiciones: izquierda y derecha, respectivamente.

¹³La “églantine” es una rosa silvestre que, con partícula nobiliaria, Fabre agregó a su apellido.

El término “citoyen” existía antes de 1789, pero designaba al habitante de una ciudad (cualquiera). Al retomar “cité” su significado de *Urbs* o *Polis* (Ciudad-Estado), “citoyen” pasó a ser lo que es hoy: *ciudadano*. Pero, así como el tuteo no prosperó, “citoyen” y “citoyenne” —en cuanto el Consulado sucedió al Directorio— fueron reemplazados, respectivamente, por “Monsieur” y “Madame”, denominaciones tan igualitarias como las anteriores, y que se mantienen hasta hoy¹⁴.

Así, también, cobran —temporalmente— muy particular significado los antiquísimos sustantivos “aristocrate” y “démocrate”, pues el *Supplément* (1798) del Diccionario de la Academia Francesa presenta dos curiosas definiciones: “*aristocrates: partisans de l'Ancien Régime*” y “*démocrates: ceux qui se dévouent à (sacrifican por) la cause de la Révolution et à la cause populaire*”.

* *

Las definiciones citadas nos introducen al tema de los apodos que abundan, como en toda época de crisis, siempre que haya libertad de expresión, y la hubo indiscutiblemente durante la Revolución, por muy arriesgado que fuera; pero coraje, e incluso arrojo, fueron características comunes a todo el espectro político de esa época.

Entre los sobrenombres que la Historia conservó tenemos: “Le Père du Peuple”, en un primer tiempo, luego “Capet” (para Louis XVI); “l’Incorruptible défenseur du Peuple” (Robespierre); “l’Ami du Peuple” (Marat) y algunos otros¹⁵. Nótese que “Philippe-Egalité” fue nombre republicano, y no sobrenombre, del regicida duque de Orleans.

Puede mencionarse, para terminar, que hasta los “40 Inmortales”, es decir, los miembros de la Academia Francesa, también fueron motejados cruelmente; ¡los llamaron: “Les 40 fainéants”! (“Los 40 holgazanes”). Esto fue ocurrencia de... Jean-Paul Marat (1743-1793).

* *

¹⁴Con la diferencia de que —al agregar a “Monsieur” o “Madame” el apellido correspondiente, v.g. “Bonjour, Monsieur Dupont”— o bien se habla como el pueblo (*pop.* dice el diccionario *Robert*), o bien se trata al Sr. Dupont como a un inferior (también lo dice *Robert*).

¹⁵Entre estos apodos hay uno delicioso: “Notre-Dame de Thermidor”, que fue aplicado a la muy encantadora Jeanne Thérèse Cabarrus, sucesivamente amiga, esposa y ex esposa de Jean-Lambert Tallien, sucesivamente revolucionario “jacobin” y “montagnard”, luego “thermidorien” (anti-jacobin y anti-montagnard); en fin, bonapartista. Mas, a pesar de sus antecedentes, su cumbre fue modesta: sólo llegó a cónsul, en Alicante.

Si la gran mayoría de los apodos, no citados o no citables, están sumidos en el olvido colectivo, tampoco se recuerdan los agropecuarios nombres de pila, que reemplazaron a los de santos y santas en los días del Calendario republicano, nombres como: "Raisin", "Safran", "Salpêtre", "Fumier" (Uva, Azafrán, Salitre, Estiércol), reservándose para los décadis: "Charme", "Boeuf", "Pigeon", "Ane", "Cochon" (Hojaranzo, Buey, Palomo, Asno, Cerdo). Ya ningún niño lleva los siguientes nombres de flores: "Oeillet", "Narcisse", "Jasmin" o "Camélia" (voz masculina, en francés), ni otros —más viriles— como "Fructidor" o "Germinal"¹⁶. En cambio, algunos nombres de flores femeninas —Rose y Violette— se mostraron más persistentes.

Ciertos nombres ilustres, entonces cuasicontemporáneos, también fueron utilizados con los fines ya señalados; entre los más populares: "Voltaire", que sólo es un anagrama, y el nombre, doblemente evangélico, de Rousseau: "Jean-Jacques".

Otras denominaciones en boga exaltaban altos y combativos valores republicanos: "Liberté", "Victoire", "Montagne", eran las femeninas; los varones disponían de la Roma Antigua: así un Caius Mucius Cordus Scaevola, *zurdo* heroico del siglo VI a.C., puso cuatro nombres a disposición de los pequeños galos del 89. Mas, por sus antecedentes, ni César, ni Augusto, fueron modelos adecuados para un "sans-culottes"¹⁷.

Debe precisarse que esos nombres de tan diverso origen no fueron dictados por la fantasía, el capricho o algún afán de distinción, sino que por el mero propósito de eliminar el santoral¹⁸, es decir, de borrar esas huellas de un pasado religioso asociado a la monarquía de los Capetos. La toponimia, por su lado, se renovó rápidamente; unas tres mil localidades fueron "desbautizadas", atribuyéndoseles, en el acto, una ejemplar denominación. Entre ellas:

Saint-Patrice-du-Désert (Désert)

Saint-Martin-l'Aiguillon (L'Aiguillon-Républicain)

Saint-Ouen-le Brisoult (Le Brisoult-Régénéré)

Colombey-les-deux-Eglises (Colombey-la-Montagne)

Marseille (Ville-Sans-Nom, por mal comportamiento)

Saint-Bonnet (Bonnet-Rouge)

¹⁶Ese primaveral mes republicano daría, además, un buen título de novela a Emile Zola, simbolizando el futuro feliz del mundo del trabajo.

¹⁷Un sans-culottes = "un descalzonado": las "culottes" ("prendas de vestir que cubren desde la cintura hasta la rodilla") eran usadas por los varones de estratos sociales altos; los del pueblo usaban "pantalones".

¹⁸Sin embargo, en cuanto a "Rose" se refiere, hubo un error revolucionario o, al menos, una distracción; pues, 118 años antes de la Revolución, doña Isabel Flores, la joven dominica peruana, había sido canonizada como Santa Rosa de Lima (1671), y nominada Patrona del Nuevo Mundo. Pero esto no se sabía en la Francia de aquel entonces.

Marly-le-Roi (Marly-la-Machine)
 Bourg-la-Reine (Bourg-l'Egalité)
 Jouy-le-Comte (Jouy-le-Peuple)
 Grenoble (¡Grelibre!)

Hubo, también, poéticas laicizaciones como *Claire-Fontaine*, en vez de "Saint-Aubin-d'Appenai" y *Bel-Air*, en lugar de "Saint-Sauveur-de-Carrouges". De todos estos cambios, sólo unos pocos se mantuvieron más allá del Primer Imperio (1804-1814).

5. LA CANCIÓN: MUESTRA DEL DISCURSO REVOLUCIONARIO

Indudablemente, el hombre francés de hoy que se interesa en la Revolución puede conocerla más y mejor que los mismos contemporáneos de los acontecimientos: sabemos, en efecto, que las grandes mayorías rurales eran analfabetas y que —salvo en Bretaña— no vivieron en contacto directo con los sucesos aunque, con algún desfase cronológico, recibían sus efectos. Hubo, sin embargo, un nexo vital y permanente entre el ideario de la Revolución y el campesinado: los muchachos, que fueron llamados, año tras año, a integrar las fuerzas armadas de la República (y, después, del Imperio). Participaron en interminables guerras, defensivas y ofensivas: la Convención llegó a poner en pie once ejércitos que totalizaban más de un millón de hombres. Al volver a sus casas (cuando volvían), traían sus propias historias y todas las canciones recogidas a lo largo del camino.

Por ello, nos asiste la convicción de que la difusión masiva del "discurso revolucionario" se debe más que nada a la canción, cuya letra y melodía, nacidas generalmente en París, se fueron esparciendo en sucesivas olas sonoras, hasta los lindes más lejanos.

Entre 1789 y 1800, se cuentan dos mil quinientas canciones nuevas (algunos autores dicen tres mil), lo que significa cinco nuevas canciones por semana. Curiosamente, las curvas de frecuencia llegan al cenit en el 92 y, particularmente, en 94, coincidiendo con la primera y segunda ola del Terror. "Plus on avait peur, plus on chantait", dice Henriette Walter (*Des mots sans-culottes*, 1989). Más allá de esta muestra de humor negro, aquel recrudecimiento de las canciones tiene su justificación: el autor las escribe para convencer, y quien canta lo hace para afianzar y/o exteriorizar sus convicciones, lo que ocurre particularmente en momentos de crisis. Esta opinión es avalada por el siguiente hecho: la creatividad *verbal* es muy superior a la *musical*, pues a esas dos mil quinientas canciones corresponden sólo ciento cincuenta melodías, ¡en promedio, diecisiete letras distintas por cada melodía! Conclusión: es el *texto* lo importante; el texto es "mensaje", "adoctrinamiento", "consigna"; la música, sólo "vehículo", que hace tolerable —agradable, incluso— la repetición de la "lección" hasta el infinito.

Bate el récord la música de la Marsellesa (10.08.1793), con ciento cincuenta y cinco versiones literales distintas; para muestra una estrofa de la *Marsellesa de los Labradores*.

(Aux armes, citoyens,) — Aux armes, laboureurs!	(¡Armaos, labradores!)
(Formez vos bataillons!) — Prenez vos aiguillons!	(¡Coged vuestras picanas!)
(Marchons, marchons,) — Marchez, marchez!	(¡Marchad, marchad!)
(Qu'un sang impur) — Qu'un boeuf docile	(¡Que un buey dócil)
(Abreuve nos sillons) — Ouvre un large sillon!	(Abra un ancho surco!)

La *Marsellesa* bucólica, enfrentada con la guerrera, podría prestarse para una sonrisa; sin embargo, ésta se desvanece al resaltar la “complementariedad” —tanto en lo contingente como en lo cardinal— de estas dos estrofas, la bélica y la agreste; en ellas, están presentes la espada y el arado (*ensis* y *aratrum*), como en los tiempos de Rómulo y Remo: *ense*, con la espada, los hombres de la Convención tuvieron que vencer a Europa coligada y, a la vez, *aratro*, con el arado, tuvieron que romper la tierra para sembrarla, de tal suerte que, durante aquel crítico fin de siglo, no hubo hambruna en el país.

Por lo demás, las “canciones” no son una novedad en la historia de la cultura occidental, ni oriental. Su carácter repetitivo y la facilidad de su transmisión lograron, en las eras de analfabetismo, la difusión del conocimiento; así, en un día lejano, Homero... Así, también, comenzó a tejerse, ingenua y sutilmente, la historia de la Revolución, de su fe y de su esperanza, de sus amores y rencores, de sus tácticas y estrategias, de sus iras, llantos, risas y sonrisas.

A modo de ejemplo, los siguientes extractos:

1. 5 de mayo de 1789. Luis XVI abre la Sesión de los Estados Generales: él expresa su confianza en la sabiduría de la Nobleza; ésta le promete ser leal.

MOI, LOUIS XVI, ROI DE FRANCE...

.....

037 Moi, Louis XVI, roi de France

Par la grâce de Dieu, le Très-Haut,

Je déclare ouverte la séance

Des États Généraux.

J'espère en votre sagesse

Pour mener à bien ces travaux.

043 Oui, Sire, bien sûr, nous ferons notre devoir,

Toujours soucieux de ne pas vous décevoir.

.....

046 Chassons le spectre de ces changements,
 Dont rêvent encore les ennemis
 Du bien public qui veulent nuire
 A la rénovation dont Votre Majesté
 A déjà fait sa politique.

050 Oui. Sire, bien sûr, vous pouvez faire confiance
 A la loyauté de la noblesse de France.

2. Después del 14 de julio del mismo año: Luis XVI, el “buen Rey-Ciudadano”, encabezaré las reformas con la cooperación “de los dignos diputados, cuya sabiduría hace la felicidad del pueblo”.

LOUIS XVI, LE BON ROI CITOYEN

070 Vive Louis XVI, ce bon roi citoyen! (bis)
 Son coeur est aise de faire notre bien.
 Vive Louis XVI, ce bon roi citoyen!

073 Vivent sans cesse nos dignes députés, (bis)
 dont la sagesse fait nos félicités!
 Vivent sans cesse nos dignes députés!

076 Vive la France, Vive la Liberté! (bis)
 Paix, Abondance, Justice, Egalité.
 Vive la France, vive la Liberté!

3. El oficial Rouget de Lisle, ingeniero militar y musicólogo, compone en Estrasburgo el “Chant de Guerre pour l’Armée du Rhin”. El himno es cantado, por primera vez, en París, el 10 de agosto de 1792 por un grupo de *marseillaises* “federados” (en organización paramilitar) que contribuirá, ese día, a la caída de la monarquía: el texto siguiente —en que sólo se conservó la melodía de *La Marseillesa*— alude al acontecimiento.

Chantons, Français, chantons Victoire,
 Nous soumettons nos ennemis,
 Nos soldats se couvrent de gloire,
 Les tyrans sont anéantis. (bis)

Vive la Liberté!
 Vive l’Egalité!
 Chantons (bis), brave Français,
 Célèbre un beau succès.

4. Son tantas las versiones de *Ça ira!* (¡Todo irá bien!) que ha sido imposible asignarles una fecha: algunas estrofas, según Cellard, habrían aparecido en 1790, otras serían posteriores al 10 de agosto del 92. Las siguientes son las más conocidas:

ÇA IRA! ÇA IRA! ÇA IRA!

Là! ça ira! ça ira! ça ira! REFRAIN

Les aristocrates à la lanterne!¹⁹

Ah! ça ira! ça ira! ça ira!

Les aristocrates, on les pendra!

Voilà trois-cents ans qu'ils nous promettent

Qu'on va nous accorder du pain.

Voilà trois-cents ans qu'ils donnent des fêtes

Et qu'ils entretiennent des catins!

Voilà trois-cents ans qu'on nous écrase,

Assez de mensongères phrases!

On ne peut plus mourir de faim! (*Refrain*)

Voilà trois-cents ans qu'ils font la guerre,

Au son des fifres et des tambours,

En nous laissant crever de misère,

Ça ne pouvait pas durer toujours!

Voilà trois-cents ans qu'ils prennent nos hommes,

Qu'ils nous traitent comme des bêtes de somme,

Ça ne pouvait pas durer toujours! (*Refrain*)

Le châtement pour nous s'arrête,

Car le peuple reprend ses droits,

Vous vous êtes bien payé nos têtes,

C'en est fini, messieurs les Rois.

Il ne faut plus compter sur les nôtres,

On va sortir un temps les vôtres,

Car c'est nous qui faisons la loi! (*Refrain*)

No hay otra canción francesa que exprese, con mayor sinceridad, elocuencia y violencia, sentimientos tan encontrados como el rencor y la esperanza.

5. Este panorama no sería completo si no apareciera el lado “tierno” (*côté fleur bleue*) —despolitizado, naturalmente— que encontramos en “Les Filles de Nantes”; en esta canción, la hija del carcelero se compadece de un joven

¹⁹*lanterne*: farol (que, por el cordel de que estaba provisto, podía utilizarse como horca).